

mente falso del valor que salva y dignifica, y es error muy generalizado confundir esa preciosa virtud con la temeridad y la arrogancia, que torna á los hombres agresivos, pendencieros é injustos, les rebaja á la condición primitiva de salvajismo, y les lleva á mancharse la conciencia con sangre inocente ó á morir sin grandeza y sin provecho por una palabra, por una mirada, por un rozamiento. Para corregir tan funesto error es interesantísimo enseñar con alguno de los innumerables ejemplos que nos ofrece la vida del General Díaz, cuál es la forma de valor que ennoblece el carácter, que es útil al individuo y á la sociedad y que conduce infaliblemente al triunfo, en los reñidos combates que por fuerza hemos de sostener durante la existencia.

Para que el valor sea virtud, sus características esenciales han de ser, primeramente, el sentimiento del deber, y después, la serenidad, la prudencia y la justicia. Del equilibrio exacto de estas cualidades en el alma, resulta que un hombre puede dar muchas veces mayor prueba de valentía huyendo de un peligro, que afrontándolo, ó desentendiéndose de una ofensa, en vez de castigarla. Del valor que se requiere para exponer la vida en cumplimiento del deber, á peligros inminentes de los que no se sale á salvo sino por una verdadera casualidad, son tantos los ejemplos de que está llena casi cada página de la historia del General Díaz, que la verdadera dificultad para presentar algunos está en la elección, porque todos se antajan igualmente bellos, instructivos y conmovedores.

Con diversas intenciones hemos citado ya algunos, como el asalto de Jalatlaco y la persecución del ejército francés, al final de la batalla del 5 de Mayo, á la que el Gral. Díaz, como sus demás compañeros en la victoria, fueron únicamente para salvar el honor de la Patria y debilitar al enemigo, á costa del sacrificio consentido de sus vidas, mediante formal compromiso recíproco entre los jefes principales. Esto da la verdadera explicación de que aquél llevara tan lejos su promesa, hasta ser relevado de ella, que fué cuando Zaragoza le ordenó que suspendiera la susodicha persecución. Citamos también las proezas contra Cobos, contra los *patricios* en Tehuantepec y contra los imperialistas durante la Intervención, en todas las cuales el Gral. Díaz arriesgó su existencia, impávida y resueltamente, día por día, y á veces hora por hora.

Sólo agregaremos, pues, para ensalzar esta forma del valor, un magnífico rasgo, demostrativo de la influencia que ejerce aun so-

bre las multitudes presas del pánico, quien sabe morir en cumplimiento del deber y lo subordina todo á este sentimiento, lo cual da fuerza para conservar la serenidad en los trances más terribles, y ayuda á salir de ellos airosamente.

A principios de Abril del 63, durante el famoso sitio, González Ortega dispuso que el Gral. Díaz fuese con su brigada á reforzar la extensa sección de San Agustín y San Marcos, que comprendía unas diecisiete manzanas, y á relevar al Gral. Escobedo, que estaba rendido por las fatigas de la defensa de ese punto, uno de los más peligrosos del recinto sitiado.

Tan pronto como el Gral. Díaz tomó el mando, con actividad y pericia emprendió obras de refuerzo en las fortificaciones; pero antes de que tuviera tiempo de llevar á cabo sus planes, los franceses dieron una serie de asaltos furiosos sobre aquella sección, con el fin que les resultó frustrado, de entrar por ese rumbo á la plaza.

Se sabía ya que estaban minando rumbo á la manzana de San Marcos, mas no se creían tan avanzadas las obras, cuando cierto día de los primeros de ese mes, comenzaron á oírse desde el mesón de San Marcos golpes sordos muy cercanos.

El Gral. Díaz mandó poner en el suelo tambores con arvejones sobre los parches, y así averiguó que las horadaciones estaban relativamente lejos, en la manzana del Hospicio. Sin embargo, al caer la noche habían adelantado mucho, y los cañones franceses disparaban con tal furia, y las balas comenzaban á perforar tan formidables brechas en los muros del mesón, considerado como el mejor sostén, que por ellas entró una columna invasora arrollándolo todo á su paso. El pánico se apoderó de los defensores del mesón, que huyeron á la desbandada hacia el interior, bajo un fuego de cañón y fusilería espantoso. Parecían inútiles los esfuerzos del Gral. Díaz y sus oficiales para contener á los fugitivos y evitar el desastre, pues ya asomaban por la brecha los zuavos, siempre temibles y que alentados entonces por el incipiente éxito, comenzaban á invadir el edificio. Pero el Gral. Díaz no perdió la serenidad: junto á la fuente del patio se hallaba un obús que se había mandado situar allí; rápidamente lo abocó en dirección de la brecha y disparó él mismo, destrozando y rechazando á los primeros asaltantes. En pos de estos llegaron otros en gran número; pero volvió á disparar y el segundo tiro causó estragos mayores. El heroico ejemplo de su General logró lo que las órdenes no habían conseguido

detener á los fugitivos que gracias á este punto de respiro, volvieron sobre sus pasos y tras sangriento combate, lograron que los asaltantes repasaran la calle y tornaran á sus posiciones, duramente castigados.

Sin este admirable rasgo de valor personal y de serenidad del Gral. Díaz, que supo sobreponerse al pánico que arrastraba á sus subordinados, es probable que la línea de San Marcos hubiese caído en poder de los sitiadores y con ella, buena parte de la ciudad, si no es que toda entera.

Por el contrario, la conducta del jefe emuló á sus tropas, las que sintiéndose bien mandadas, llevaron á cabo tales proezas en lo sucesivo, que los franceses acabaron por suspender todo ataque á la sección de Porfirio Díaz, reconociéndola inexpugnable; y lo fue en efecto, pues no entraron á ella los invasores sino hasta que se rindió la plaza.

\*\*\*

En admirable y sugestivo contraste con el anterior ejemplo de valor activo, vamos á presentar otro rasgo no menos hermoso y heroico de valor pasivo, que no vacilamos en calificar de más útil y necesario, por ser el que en la vida diaria y vulgar tiene más aplicaciones para defenderse contra los reveses de la fortuna y los golpes de la adversidad, y para sortear los peligros á que accidentalmente suele verse expuesto el hombre. De este modo sabremos cómo pueden darse pruebas de valentía suprema, hasta en la fuga, cuando se lucha con fuerzas superiores que sería temeridad insana desafiar.

Inmediatamente después de la toma de Matamoros, que siguió á la aceptación del plan de Tuxtepec y á la significativa reforma de él, hecha en Palo Blanco por el General Díaz, comprendiendo éste que los elementos adquiridos en aquella victoria (por la que muchos oficiales norteamericanos fueron de Texas para felicitar al vencedor), no eran bastantes sin embargo para proseguir la campaña y llevarla hasta el fin con buen éxito, decidió salir nuevamente del país, con el propósito de venir por mar hasta la costa de Sotavento, á fin de situarse en el foco de la lucha y ponerse en contacto con el núcleo principal de sus partidarios y de las fuerzas oaxaqueñas.

En efecto, regresó á los Estados Unidos, y sin más contratiempo

102000 3009

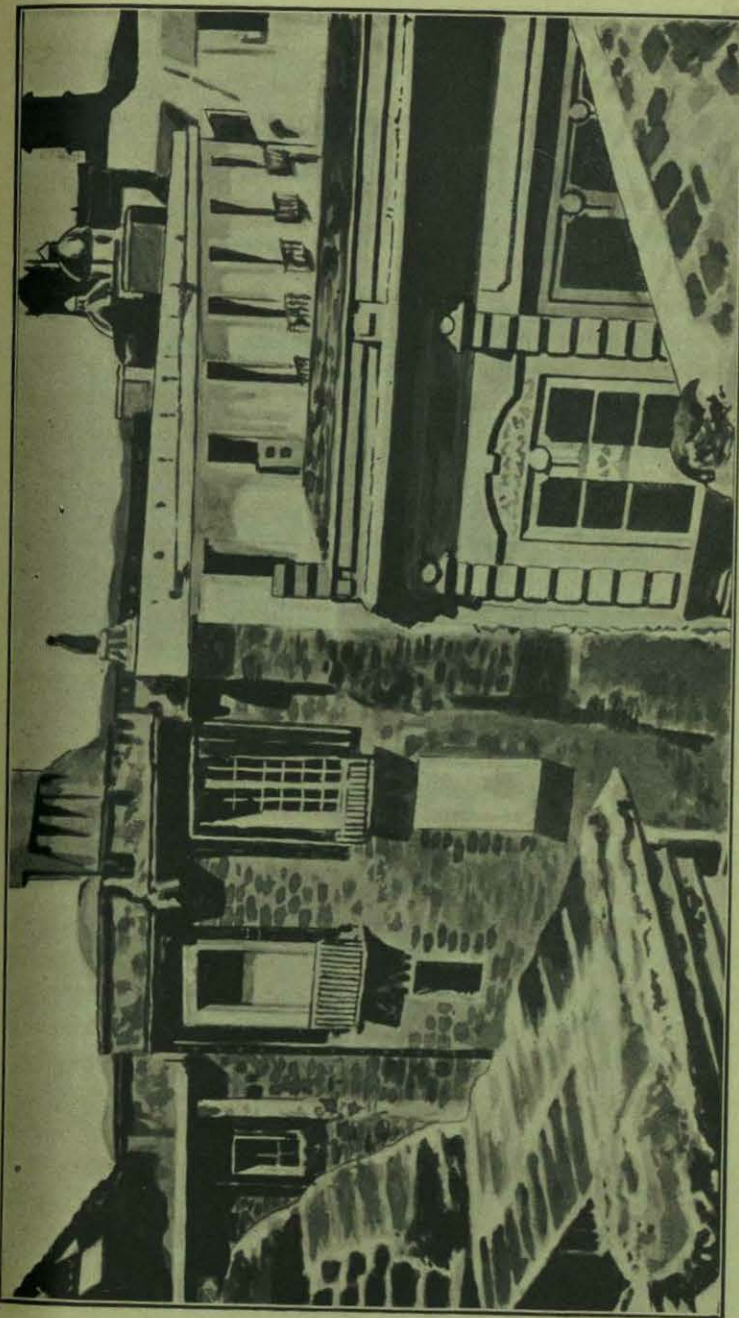
que una breve demora en la salida del vapor en que tomó pasaje, se embarcó en New York, no en New Orleans como se ha dicho, en el *City of Havana*, buque contratado por el Gobierno para el servicio de correos y que debía hacer escala en Tampico y Veracruz, en su ruta para Cuba. Dicho sea de paso, el Presidente Don Sebastián Lerdo de Tejada era socio de la casa Ildefonso Cardena C<sup>a</sup> que tenía la concesión para el servicio postal de esos barcos.

Para alejar en lo posible todo peligro, el General Díaz se había provisto de los papeles, título, estuches con instrumentos quirúrgicos y demás cosas que le hacían aparecer como médico cubano, bajo el nombre del Dr. Ramírez de la Rosa en viaje de regreso á su patria; además se disfrazó con una peluca y anteojos oscuros, con tanta perfección, que el Lic. Ireneo Paz y Don Mariano Ruíz que le vieron accidentalmente, no le reconocieron bajo el disfraz.

Pero no contaba con lo imprevisto, que se presentó formidable en Tampico y que echó á rodar el bien meditado plan é hizo inútil el disfraz.

Sucedió que en Tampico se embarcaron en el vapor *City of Havana* algunas tropas del Gobierno, con destino á Veracruz, entre las cuales venían oficiales que le reconocieron al punto, como que eran de los mismos á quienes el Gral. Díaz acababa de vencer y á quienes había hecho prisioneros en la toma de Matamoros. Fue inútil que el misterioso viajero procurara ocultarse á las miradas de los nuevos huéspedes, y que dejara de asistir al comedor para no encontrarse con ellos; desde luego se sintió descubierto y vigilado; y como un inoportuno temporal entorpeciera las labores de carga y retardara la salida del vapor, temiendo con razón ser capturado y fusilado, decidió fugarse y exponer su vida al azar del oleaje y á las fauces de los tiburones, que tanto abundan en la barra de Tampico; riesgos menores sin embargo que los que corría quedándose á bordo. Para colmo de dificultades, el vapor estaba fondeado muy lejos de tierra, fuera de la barra; pero con decisión firme, se despojó de su ropa, y sin más arma que una daga para defenderse de los tiburones, se echó al mar por un costado del buque; no quiso tomar salvavidas para no presentar blanco á los disparos.

Desgraciadamente fué visto en el acto, porque le vigilaban sin cesar, y el terrible grito de alarma «¡hombre al agua!» le indicó que estaba por segunda vez descubierto y que sería perseguido. En efecto, no tardó en escuchar cerca de sí chasquido de remos, del bote que



Convento de la Compañía en Puebla, de donde se evadió el Gral. Díaz la segunda vez, para seguir combatiendo contra los invasores. La estatua que corona un ángulo del edificio, es la de San Vicente, á cuyo pedestal ató el Práugo la cuerda que le sirvió para efectuar el descenso. La altura del edificio da idea cabal de los peligros de la fuga.

le buscaba y al que en un principio llegó á sacar una ventaja de más de mil metros.

Entonces comenzó una lucha desesperada, angustiosa: una pesca del hombre, en que se jugó el porvenir de la nación, y que presenciaron centenares de espectadores: los pasajeros del *Havana* y de otros dos buques, uno norte-americano y otro campechano, anclados cerca de ese lugar.

De este último le ofrecieron auxilio en ciertos momentos en que nadaba cerca de él; pero nada quiso aceptar.

Nadador ágil y experto, se resumía y avanzaba entre las aguas, cuanto le permitían sus poderosos pulmones; pero esto tenía la enorme desventaja de que si despistaba á sus perseguidores, era á cambio de perder el rumbo; y ya desorientado, se alejaba en vez de acercarse á la playa en que creía segura su salvación.

Por fin, aunque el Gral. Díaz nadaba con mucha fuerza, llegó el momento en que ésta se agotó, después de voltigear en vano sin ganar la playa; y vencido por la fatiga de aquel esfuerzo extraordinario, tuvo que asirse al bote de sus perseguidores, al que fué izado, exhausto é hipando mucho, á causa de la gran cantidad de agua salada que había tragado; mas no sin sentido, como se ha dicho, sino con plena conciencia. Ya cerca del barco, el agente postal Gutiérrez Zamora, le tiró una blusa para que se abrigara, porque estaba desnudo.

Vuelto á bordo, el Teniente Coronel Arroyo, que mandaba la fuerza Lerdista embarcada, y que esperaba el ascenso como premio, desde luego pretendió instruir diligencias y posesionarse del que consideraba su presa; pero el heroico nadador protestó enérgicamente, empuñó la pistola que guardaba debajo del colchón, en su camarote, donde esta dramática escena pasaba, y pidió al Capitán del buque la protección de la bandera norteamericana á cuya nacionalidad pertenecían el *Havana* y su tripulación.

El Teniente Coronel Arroyo dijo que necesitaba ejecutar al Gral. Díaz para tener seguro su ascenso, que podría ser hasta de general, porque si lo llevaba prisionero, esto seguramente no sería mérito suficiente ante el Gobierno, y pasaría lo que con Terán, que al fin no había sido ejecutado.

El Capitán del barco no desoyó la protesta que hizo el Gral. Díaz, tanto menos cuanto que ya se habían hecho las contraseñas masónicas, y además, no podía dejar de admirar el arrojo de su valiente huésped.

Así fué que le dejó bajo su salvaguardia, considerándolo en tierra norteamericana, conforme á derecho, y declaró que no lo entregaría sino hasta que llegaran á Veracruz; intentó sí desarmarlo; pero el Gral. Díaz dijo que usaría su pistola solamente para defenderse; que no la entregaba y que se la quitarían á su cadáver, pero á él de ninguna manera.

El Capitán mandó retirar la guardia de un oficial y cinco soldados, que en un principio habían puesto cerca del camarote del Gral. Díaz; pero Arroyo, que no perdía de vista el ascenso, pretextando que se necesitaba cuidar el parque, puso más centinelas con el objeto de seguir vigilando al que consideraba su prisionero.

A la noche siguiente, notando el Gral. Díaz que reinaba densa oscuridad, que el tiempo era tempestuoso y todas las circunstancias favorables, resolvió repetir la tentativa de evasión; pues aun cuando el Capitán le ofrecía pasarlo á un buque de guerra norteamericano, anclado también cerca de Tampico, no quiso aceptar este medio seguro de salvación, porque habría demorado sus planes; pero tampoco podía quedarse expuesto á un atentado.

Deslizóse diestramente y sin que nadie lo notara, hasta el camarote del Contador Coney, buen amigo suyo, y le comunicó su propósito; mas éste le disuadió de él, sugiriéndole otro no menos arriesgado, pero con mayores probabilidades de éxito.

Aceptado, el Gral. Díaz tiró al mar un salvavidas, para que se creyera que había vuelto á echarse al agua, y se escondió en una alacena que había en el camarote; no en un sofá como cuenta la leyenda. El ardid tuvo magnífico resultado, pues notada en breve la ausencia del interesante personaje, sus perseguidores le buscaron desesperadamente en el mar; sólo hallaron el salvavidas, y como éste tenía grandes manchas de orín de hierro, las tomaron por de sangre, suponiendo que el prófugo había sido pasto de algún tiburón, cosa que á todos pareció muy verisímil.

Sin embargo, el Gral. Alonso Flores había mandado escalonar tropas en la playa para capturar al prófugo en caso de que llegara á ganar el litoral.

Entretanto, el Gral. Díaz se hallaba sujeto á un tormento espantoso. En la alacena en donde estaba encerrado tenía que permanecer en pie porque sentarse no podía, y en una posición penosísima, porque tampoco cabía erguido, sino medio doblado y con las piernas separadas para que las puertas pudieran medio cerrarse,

pues el fondo era muy reducido. Lo peor era que el Contador Coney, procediendo hábilmente para alejar toda sospecha de sí, reunía en su camarote á los oficiales lerdistas, quienes charlaban allí y jugaban durante la velada. Uno de ellos, el que se sentaba delante de la alacena, solía echar su silla hacia atrás y apoyarla en la mal cerrada puerta, que entonces martirizaba horriblemente al escondido. Así pasó el fugitivo los siete días mortales que duró la travesía, sin más alimentos que unas galletas, hasta Veracruz, en donde aumentaron los peligros y contrariedades. Había que salir del barco protector sin caer en manos de las tropas lerdistas, que estaban demasiado bien prevenidas.

El Coronel Juan Enríquez, que entonces era Jefe de Celadores de la Aduana de Veracruz, le envió á bordo un traje muy usado de marinero, y un par de zapatos viejos, y le mandó decir que iría por él una lancha y un individuo á quien conocería por determinadas contraseñas.

Naturalmente, el Gral. Díaz esperaba esto con ansiedad, mirando por un ventanillo, á costa de sufrir allí los duchazos de los que aseaban la cubierta del buque. Cuando comenzó la descarga del algodón que éste llevaba, entre las lanchas alijadoras que se acercaron llegó la que esperaba anhelante el que todos suponían víctima de los tiburones tampiqueños. Un incidente trivial de la descarga favoreció el desembarco.

Sucedió que con una paca de algodón mal manejada, hirieron en la cabeza á una mujer del pueblo; y aprovechando el Gral. Díaz la distracción general que este percance causara, á favor de ella y del movimiento de la descarga, sin más contratiempo, salió del *City of Havana*, donde había hecho la travesía más dramática, dura y peligrosa que imaginarse pueda, puesto que durante toda ella contempló cara á cara á la muerte.

No por haber desembarcado perdió de vista esa tremenda perspectiva; al contrario, le faltaba evitar nuevos y graves peligros, porque no obstante el parte oficial rendido por el burlado Arroyo, del triste fin que según él había tenido el ilustre prófugo, tenían dudas, por cierto muy fundadas, sobre la exactitud del hecho, ó el estado de alarma del Gobierno lo impulsaba á tomar grandes precauciones; lo positivo es que la vigilancia fué muy activa en el puerto de Veracruz.

Desde el primer momento lo advirtió así el Gral. Díaz, cuando

convertido en marinero, se acercó al muelle fiscal la lancha que le conducía, pues un celador dijo que debería hacerse un minucioso registro, que al fin no llegó á efectuarse.

Temiendo ser reconocido, porque aun no obscurecía, indicó á sus amigos que no regresaran á bordo por más carga, á lo que accedieron, llevándose la lancha al fondeadero, lejos del muelle. Una vez allí, se dirigió á la playa en busca de su mozo, que le esperaba con dos caballos.

Sin perder tiempo emprendió la marcha para reunirse con alguno de los cuerpos que habían tomado parte en la revolución por aquel rumbo, y pocas horas después llegaba á Boca del Río, distante cuatro leguas del puerto.

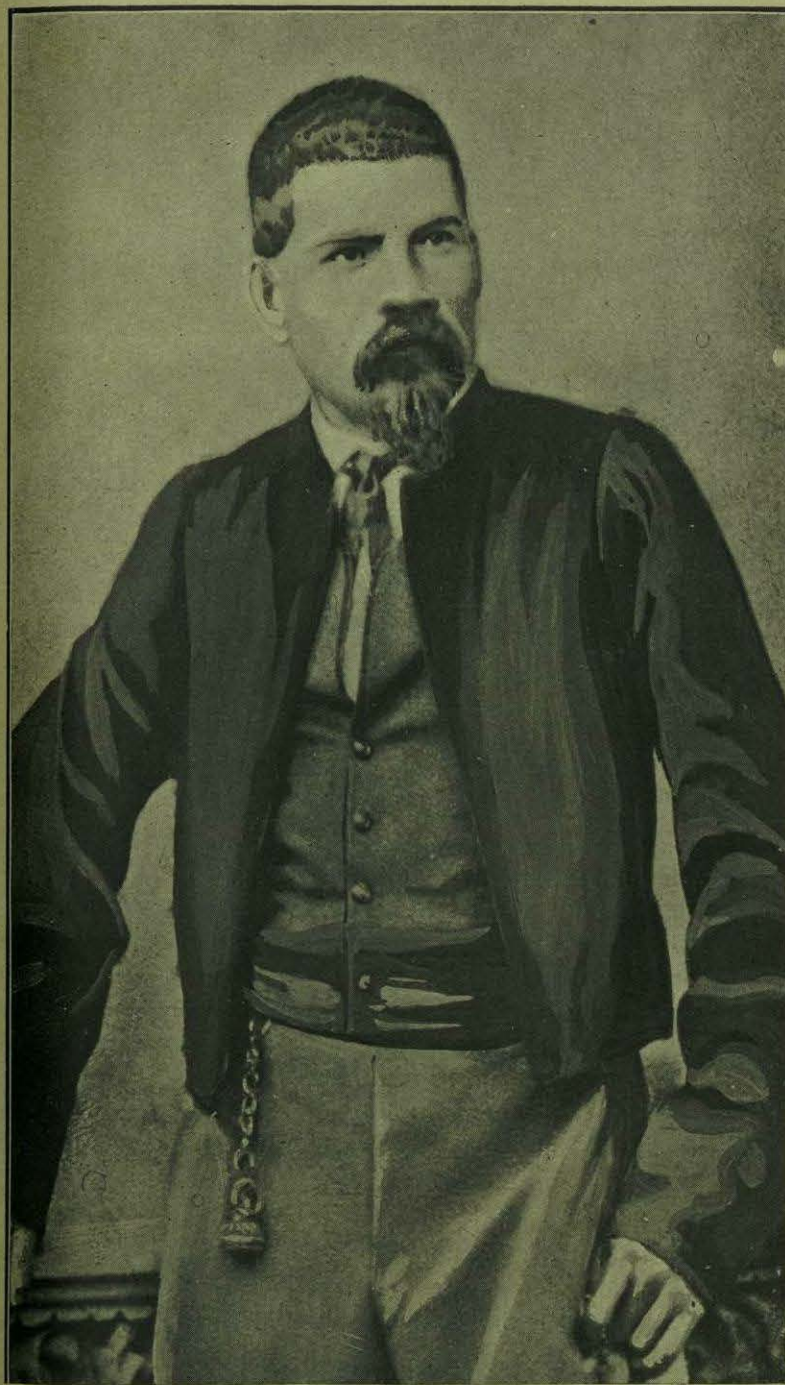
Allí echó pie á tierra para tomar informes en una casucha; pero desgraciadamente en esos momentos entraba un destacamento de tropas lerdistas.

En el acto salió de su alojamiento el Gral. Díaz, alejándose de sitio tan peligroso; pero en vez de encontrarse con su mozo, que había huído cobardemente al ver la fuerza enemiga, dió de manos á boca con el Coronel jefe del destacamento, que bien le conocía. Con vivo y oportuno ademán de disimulo, pudo esquivar la faz á las miradas de su perseguidor, y á toda prisa se dirigió al estero; tuvo la fortuna de encontrarse varias barcas amarradas, de las cuales una le sirvió para ganar la margen opuesta, de donde siguió su camino en busca de cabalgadura.

A poco andar se cruzó con un individuo montado, á quien resolvió pedirle su caballo ó apoderarse de él, si no quería cederlo; pero no hubo necesidad de esto, porque el jinete era un amigo que además de la montura, le proporcionó albergue seguro para que reparase sus fuerzas, sujetas á duras pruebas desde Tampico.

Con esto tenía sobradamente el caudillo para llegar por Tuxtepec y Amatlán al campamento del Gral. Vela, y asumir el mando efectivo de la campaña, á cuyo triunfo debemos la prosperidad y la grandeza actual de la República.

Unicamente en la leyenda es posible hallar rasgos de valor tan admirables y dignos de ser imitados, como los que sucintamente narramos en este capítulo, los cuales son sin embargo en la vida del Gral. Díaz episodios insignificantes, comparados con otras acciones que han dado materia para que se escriban las páginas más gloriosas de la Historia Nacional.



General Félix Díaz. Tuvo justa fama de valeroso hasta la temeridad; ganó sus grados en los campos de batalla. Hermano y compañero de armas del señor Presidente, estuvo á su lado en el escalamiento de Santo Domingo, en la batalla del 5 de Mayo y en parte de la gloriosa campaña del III Ejército de Oriente. Como Gobernador de Oaxaca, se adhirió al Plan de la Noria, combatió por él y murió víctima de un nefando crimen político que causó general indignación.

IX  
ORDEN Y PROBIDAD

«POCA POLITICA Y MUCHA ADMINISTRACION.»

La honradez del Señor General Díaz es cosa que ni aun sus enemigos han intentado discutir jamás, convencidos de que este punto de la coraza es tan terso, limpio y fuerte, que resiste á todo ataque, por rudo que sea.

Pero es creencia muy generalizada no sólo del vulgo, sino también de muchas gentes que saben al dedillo la historia de los grandes extranjeros é ignoran la de los mexicanos ilustres, que el estadista más notable que ha habido en nuestra patria, el único gobernante genial que hemos tenido, comenzó á serlo en la madurez de la vida, cuando dejó en reposo la espada y trocó el arnés guerrero, nimbado de gloria, por la sencilla banda tricolor del primer Magistrado de la República. Forman legión los que creen de buena fe que el genio administrativo del General Díaz, se reveló y empezó á manifestarse por tanteos afortunados, hará apenas treinta años. ¡Qué error y qué puerilidad!

Los que tal creen ignoran que la naturaleza no salta, y confunden con las vacilaciones de un principiante, las inmensas dificultades con que en sus comienzos debían tropezar y tropezaron efectivamente, la regeneración del país y la creación—esta es la palabra—de sus principales fuentes de riqueza. Tan grandes eran esas dificultades, que hasta entonces nadie había logrado allanarlas, por más que se hubieran enfrentado con ellas inteligencias próceres y hombres de ciencia probada. Desgraciadamente, de los que hasta entonces habían acometido la empresa en vano, el que sabía pensar no sabía querer, y el que tenía saber y voluntad, carecía de honradez; y no faltó audaz que careciendo de todo junto, se jactase de vencer.

¿De qué fuerza omnipotente dispuso, pues, el General Díaz para

realizar el prodigio y hacer lo que se creía imposible? Dispuso, sencillamente, de la fuerza incontrastable del carácter, entre cuyos fundamentos esenciales figuran la probidad y el espíritu de orden.

Antes de ser soldado, era ya administrador y organizador el entonces pasante de Derecho, Porfirio Díaz; lo cual no es poco decir. Apenas contaba veinticinco años, allá por el 55, cuando el General García, Gobernador de Oaxaca, le nombró subprefecto de Ixtlán. Pues bien; poco después comenzaba á llamar la atención del Gobierno aquel empleado oscuro é insignificante, porque rendía cuentas detalladas de la recaudación de los impuestos que—otra cosa inaudita—aumentaban en vez de disminuir, según era costumbre cuando había subprefectos recién nombrados; por añadidura daba cuenta de mejoras y economías, como de Ixtlán y para Ixtlán, pero que no por eso dejaban de serlo; y para colmo, iniciaba medidas de orden y de organización.

Había en verdad de qué admirarse, porque si en aquella época el gobierno nacional era el símbolo del desorden y de la concusión, el de las subprefecturas era, en pocas palabras, la negación de todo gobierno, y los subprefectos iban á sabiendas á cometer todo género de abusos y á convertir en provecho personal las rentas públicas, sin más obligación que la de ser fieles al último pronunciado á quien debían la encomienda.

Y he aquí que aparece un jovenzuelo á quien se le daba esa breva y que lejos de gozarla discretamente, ni robaba ni cometía atropellos; al contrario, tenía la increíble probidad de poner á disposición del Gobierno ciertos fondos que había ocupado militarmente; renunciaba el haber que le correspondía como capitán de la Guardia Nacional, porque «no creía lícito cobrarlo al mismo tiempo que el sueldo de subprefecto;» y declaraba que mientras enseñaba á leer, á contar, á documentar y á conocer sus deberes militares á los individuos que figuraban como oficiales de la fuerza de su mando, no les pagaría sino haberes de simples soldados puesto que no valían más que éstos; por otra parte, abonaba al fondo de gasto común el costo del rancho, haciendo constar que lo habían dado voluntariamente los vecinos; y por encima de todo esto, se permitía preferir á los soldados rasos en materia de pagos, por la razón, incomprensible en aquel tiempo de los privilegios, de que sentían hambre lo mismo que los jefes.

¡Cuán grave escándalo debió causar todo esto en aquel mundo

oficinesco y militar, profundamente corrompido por las tradiciones coloniales y por el desorden de los primeros años de independencia!

\* \* \*

Sigamos en sus ensayos gubernativos al hombre destinado á regenerar á la patria por la buena administración. Veámosle en Tehuantepec, entregado por la fuerza de la distancia y de los acontecimientos, á su propia iniciativa y á su sola dirección; allí, ni el Gobierno del Estado, menos aun el federal, pudieron influir en sus actos, ni sugerirle ideas, ni darle auxilio, siquiera moral, durante dos años largos; al contrario, solían ponerle trabas. El único estímulo que hasta entonces había recibido por su honradez administrativa, había sido un abrazo de felicitación de Don Benito Juárez, al regresar de Ixtlán, y la concesión, muy significativa, de que no diese fianza para encargarse del gobierno de Tehuantepec. Con su delicadeza habitual, Porfirio propuso que no teniendo él recursos para caucionar su manejo, se encomendase la administración de las rentas á persona que pudiera dar la fianza reglamentaria; pero Don Benito declaró que no era necesaria tal formalidad, tratándose de quien tan ejemplarmente se había conducido en Ixtlán.

De derecho, Porfirio Díaz fue en Tehuantepec Gobernador y Comandante Militar; de hecho, lo fue todo: gobernaba, combatía, administraba justicia, conquistaba y conciliaba ánimos, emprendía y dirigía obras de utilidad pública, recaudaba y distribuía la renta: lo hacía todo.

Cierto es que contaba cuatro años más de edad que en Ixtlán, y que ostentaba ya los cinco galones de teniente coronel; pero como compensación hartamente considerable, sufría cruelmente con la peregrinación que al través de sus entrañas hacía la bala recibida en Ixcapa; además, pasaba los días y las noches temblando de fiebre, pues el paludismo había hecho fácil presa de aquel cuerpo debilitado por las hemorragias, las privaciones y la fatiga. En tal situación tenía que batirse casi á diario y, lo que era peor, debía evitar las asechanzas de *los patricios*, que disparaban escondidos tras los matorrales; debía guardarse del puñal y del venenoso *camotillo* que, según es fama, deja imbéciles ó mata á quienes le comen disimulado en traidora golosina; y debía en fin y sobretodo, cerrar ojos y oídos, como el prudente Ulises, á las provocaciones de las sirenas zapotecas, bellas estatuas de bronce palpitante y tan pérfidas



como bellas, pues que con sus halagos dieron cuenta casi de tantos soldados como las balas de los fanáticos *patricios*.

Todo lo venció el Teniente Coronel Díaz, á todo se hizo superior, lo mismo al enemigo leal que á la enfermedad, y á la traición y al placer.

Mas no se contentaba con triunfar como soldado: no le bastaba derrotar al enemigo y someterlo por la fuerza, como lo hacían los demás campeones de la Reforma. Sentía y comprendía que esto no era vencer sino á medias, y que el adversario no duraría sometido sino mientras pesara sobre su cerviz el pie del vencedor. Por eso intentó lograr algo más grande, algo más noble y duradero: convencer al rebelde, demostrarle las ventajas del credo y del régimen políticos que otros se limitaban á imponer á sangre y á fuego y, por ende, á hacerlos odiosos; quería, en suma, ganar á los recalci-trantes y decidir á los tímidos haciéndoles bien y ofreciéndoles bienestar y garantías, únicos medios lógicos y eficaces para reorganizar una sociedad con los elementos disueltos de otra, y para prestigiar un sistema político extraño y sin raíces todavía.

De esta manera fue como entre combate y combate, entre terciada y terciada, inició en Tehuantepec el Teniente Coronel Díaz, cuando aun no tenía treinta años, la inmensa, la genial obra de crear la nacionalidad mexicana, por el orden, por la unión y por el respeto de los derechos y el cumplimiento de las obligaciones del hombre en sociedad; obra titánica que ha tenido la fortuna de completar en la actualidad, entre el asombro y el aplauso de todo el mundo civilizado.

Para ello comenzó por moralizar y educar al Ejército, porque comprendió que sin fuerza pública honrada y obediente, no puede haber orden, garantías, ni estabilidad social. Con tal fin y como medio el más adecuado, procuró en Tehuantepec, lo mismo que en Ixtlán, que jamás le faltaran al soldado el prest ni el rancho; prefería que les faltaran á los oficiales y á él antes que á todos. Mas tampoco á éstos descuidaba; y no alcanzando el dinero de que disponía, organizó la comida de la oficialidad en común, en familia, digámoslo así, de la que él era jefe nato para participar de las escaseces y proveer á las necesidades.

En otro orden de economías, estableció una maestranza para reponer el armamento y fabricar parque. Como Gobernador reorganizó las escuelas y las proveyó de maestros y de útiles. Persuadió

por la personal y dolorosa experiencia, de la necesidad de sanear aquel suelo pantanoso, semillero de fiebres, sin vacilar emprendió el drenaje de Tehuantepec. ¡Sanear una ciudad hostil y en estado de sitio! ¿Quién lo ha hecho? Después de saber esto, no cabe ya admirarse de que cuarenta años después haya logrado poner la última piedra en las obras del Desagüe del Valle de México; obras que la poderosa España apenas pudo comenzar en tres siglos, sin legarnos un proyecto útil siquiera.

Y todavía le sobraba tiempo al joven gobernante de Tehuantepec para auxiliar al Gobierno federal, después de cumplir sus propias obligaciones; y le sobraba, porque el orden multiplica la fuerza, el tiempo, el dinero, la vida, todo.

Al día siguiente de que le extrajeron la famosa bala errante que le atormentó varios años—lo dijimos ya—se levantó de la cama y montó á caballo para proteger el paso á través del Istmo, desde Minatitlán hasta la Ventosa, de un gran convoy de armas y municiones que el Gobierno federal esperaba con ansia y que sin el heroico y activo Gobernador de Tehuantepec, habría caído en poder de la reacción.

\* \* \*

Seis años después de estas hazañas administrativas poco sabidas y narradas á vuela pluma, el protagonista de ellas era ya General de División y acababa de realizar su atrevida evasión del Convento de la Compañía.

¿A dónde va, qué piensa hacer para salvar á la patria que en esos momentos apura las heces del cáliz amarguísimo que le han dado á beber sus propios hijos y parece no tener esperanzas de redención?

Por nombramiento del Gobierno legítimo de la República, que estaba confinado en Chihuahua y reducido á un símbolo, el General Díaz era jefe del Ejército de Oriente y tenía mando, es decir, derecho de mandar sobre casi media nación. Pero ¿dónde estaba ese ejército, de cuántos hombres constaba y con qué elementos disponía? El tercer Ejército de Oriente (el primero fué destruido en Puebla, el segundo en Oaxaca), constaba de nueve rancheros bravos, semidesnudos, sin armas y perdidos en una quebrada de las sierras surianas. Poco después se le unió Alvarez Cano, con ciento cuarenta hombres.

Mejor: cabalmente esto era lo que aquel general sin soldados necesitaba para realizar su pensamiento. La traición y la ineptia le habían mostrado hartó á fondo la profunda desmoralización del antiguo ejército, y le habían convencido de la imposibilidad de regenerarlo: había que crearlo. Y á esta empresa, sobrehumana en aquellas circunstancias, se dedicó con el entusiasmo del que por fin va á poner mano en la obra más grande de su vida.

Respecto de este asunto y estando aún en la prisión, le escribía á su hermano Félix que peregrinaba por los Estados Unidos, procurando armas y recursos para el ejército por crear:

«Se trata de obtener..... armas y algunos fondos para hacer la guerra *sin exigir mucho de las pequeñas poblaciones.....*»

He aquí el dedo puesto en la llaga: no más exacciones; ligar la sangría suelta que agotaba á la patria. Salvadora idea genial, demostrativa de que la suprema habilidad es la honradez.

Hasta entonces nadie había dudado del derecho de las tropas vencedoras, vencidas ó simplemente en marcha, de entrar en son de conquista en ciudades, poblados y haciendas, y tomar de grado ó por fuerza todo lo necesario como dinero, provisiones, armas y alojamientos; y también lo innecesario, como el honor de las mujeres y la vida de los rehacios á dejarse despojar. Y todo esto lo hacían indistintamente tirios y troyanos, verdes y rojos, preciso es confesarlo. La consecuencia lógica y natural era que los habitantes pacíficos odiasen y temiesen tanto á unos como á otros, y que siéndoles indiferente ser asesinados, robados y deshonrados por los *puros* ó por los *mochos*, y no hallando protección ni garantías en ningunos, á todos auxiliasen espontáneamente para evitarse mayores males. Esta era la razón evidente de que la guerra fuese interminable; pero á pesar de la simplicidad de la observación, nadie había sabido hacerla ó, por lo menos, aprovecharla. ¡El eterno huevo de Colón!

Luego la clave del problema consistía en asociar los intereses de los habitantes pacíficos á los del ejército nacional, y en procurar que se apoyaran y auxiliaran recíprocamente. Para esto, nada mejor que crear un ejército respetuoso del derecho ajeno. Pero qué energía, qué actividad, qué prestigio y qué moralidad se necesitaban para llevar á cabo tamaña empresa. Sin embargo, todo dependía de los primeros pasos.

De un puñado de hombres constaba el Ejército de Oriente cuan-

do libró su primer combate contra la guerrilla traidora que mandaba Visoso y que estaba acantonada en un poblacho suriano llamado Tulcingo. Venció el incipiente ejército; cosa relativamente fácil. Pero obtenida la victoria, la tropa se apoderó según costumbre, de tres mil pesos en oro que abandonaron al huír los vencidos; y se disponía también, por hábito, á entrar á saco el poblacho.

Entonces comenzó la obra del pacificador. Formó á la tropa y le prohibió el saqueo, por prontas diligencias; en seguida exigió la devolución del dinero recogido, que explicó ser de la Nación. ¿La Nación? Nadie conocía allí á esa buena señora; en cambio, todos estaban contestes, conforme á la teoría de Sancho Panza, en que el oro lo había perdido Visoso y debía ser de quienes lo habían hallado. Aquí de la habilidad y del prestigio del caudillo: ora persuadiendo, ora imponiéndose, logró recobrar el dinero, y en el acto lo puso formalmente en manos del primer pagador militar que tuvo la República, que lo fue el Sr. Manuel Guerrero. Bueno es hacer constar de paso, que la creación de esta clase de funcionarios de hacienda, independientes del Ejército, puso fin á muchos abusos que solían terminar en levantamientos y cuartelazos.

Así fue creado el Ejército Mexicano, el que debía vencer en todas partes desde entonces y dejar tras sí una estela de honor y de gloria, desde el oscuro Tulcingo, hasta la capital de la República, después de libertarla del invasor.

\* \* \*

Rasgo notabilísimo del genio organizador del Gral. Díaz fue la fundación de la *Academia de Niñas* en la ciudad de Oaxaca, allá por Noviembre del 66, cabalmente en los momentos en que más comprometidos se hallaban el patriotismo y el honor militar del caudillo en perfeccionar la organización del tercer Ejército de Oriente, para ponerle en condiciones de medirse con las grandes fuerzas extranjeras y traidoras que ocupaban el centro político de la nación, y dar fin á la siniestra farsa imperialista.

La inmensa trascendencia social de esa fundación puede resumirse diciendo que en la Academia de Niñas se ha educado liberalmente la mayoría de la juventud femenil oaxaqueña de todas las generaciones que se han sucedido en estos cuarenta años; y que á partir de la época en que ese instituto se convirtió en Escuela Normal, de ella han salido y siguen saliendo las maestras encarga-